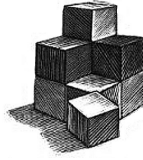


Walter Benjamin

Papeles escogidos





COLECCIÓN TEORÍA CRÍTICA Y CULTURA

Walter Benjamin

Papeles escogidos. 2a ed. Buenos Aires: Imago Mundi, 2011.

128 p. 22x15 cm

ISBN 978-950-793-119-2

1. Marxismo. 2. Filosofía.

CDD 190

Fecha de catalogación: 24/08/2011

Primera edición enero 2008

Segunda edición setiembre 2011

©2011, Ediciones Imago Mundi

Distribución: Av. Entre Ríos 1055, local 36, CABA

email: info@imago mundi.com.ar

website: www.imago mundi.com.ar

Traducción: Andrea Nader - Norma Escudero

Algunos ensayos reunidos en este volumen han sido originalmente publicados en las revistas *Der Anfang* y *Die Literarische Welt*.

Diseño y armado de interior: Alberto Moyano, hecho con $\text{\LaTeX} 2_{\epsilon}$

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. Tirada de esta edición: 1000 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2011 en Gráfica San Martín, Pueyrredón 2130, San Martín, Provincia de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Índice general

Prólogo. <i>Angelina Uzín Olleros</i>	1
Cronología de Walter Benjamin	7
La enseñanza de la moral (1913)	11
«Experiencia» (1913)	17
La posición religiosa de la nueva juventud (1914)	21
La vida de los estudiantes (1915)	25
André Gide: <i>la porte étroite</i> (1919)	37
Viejos libros infantiles (1924)	39
Panorama del libro infantil (1926)	43
Juguetes antiguos (1928)	49
Historia cultural del juguete (1928)	55
Juguetes y juego (1928)	59
Calle de mano única (1926-1928)	63
Programa de un teatro infantil proletario (1928-1929)	69
Abecedarios de hace cien años (1928)	75
Una pedagogía comunista (1929)	77
Juguetes rusos (1930)	81
Alabanza de la muñeca (1930)	83
<i>Chichleuchlauchra</i> (1930)	89
Pedagogía colonial (1930)	95
Comienzos florecientes (1931)	97
Pestalozzi en Yverdon (1932)	101
Pequeña historia de la fotografía	105

Prólogo

Toda época ha rechazado su propia modernidad;
toda época, desde la primera en adelante,
ha preferido la época anterior.

Walter Benjamin

No me propongo aquí, en esta instancia prologal, hacer una nota biográfica del autor, más bien pretendo transmitir el núcleo, el corazón de su pensamiento filosófico. Los escritos de Walter Benjamin están dirigidos a un alma sensible que poco conoce de claustros universitarios, oscuros y propensos a las clases magistrales. Traducir su escritura es una tarea que conmueve, conmociona; si esto no ocurre estamos seguramente expuestos a lo que él mismo advierte, una traducción mediocre de su legado.

«Las traducciones que son algo más que comunicaciones surgen cuando una obra sobrevive y alcanza la época de su fama. Por consiguiente, las traducciones no son las que prestan un servicio a la obra, como pretenden los malos traductores, sino que más bien deben a la obra su existencia. La vida del original alcanza en ellas su expansión póstuma más vasta y siempre renovada».¹

Traducir su obra es estar frente al desafío de transmitir su pensamiento expresado, *puesto en*, sus narraciones filosóficas. Benjamin es un filósofo narrador, no se propone ser el autor de un sistema de pensamiento, tampoco pretende fundar una escuela; su preocupación transcurre en apostar, en *jugarse* por un pensamiento crítico que se siente amenazado.

Los textos breves del presente volumen nos recuerdan al estilo de los reunidos en *Infancia en Berlín hacia 1900*,² papeles que reúnen a una serie de escritos póstumos, que fueron rescatados del olvido ante el riesgo de desaparecer para siempre.

1. Walter Benjamin. «La tarea del traductor». En: *Ensayos escogidos*. México DF: Ediciones Coyoacán, 1999, pág. 79.

2. Walter Benjamin. *Infancia en Berlín hacia 1900*. Buenos Aires: Ediciones Alfaguara, 1990.

Estos *Papeles escogidos*, cobijan su particular modo de comprender la infancia, ya que ésta es una región del pretérito del hombre.

La infancia no es para Benjamin solamente la edad de cierta inocencia e invalidez, también es el momento que se reserva al pasado; el adulto es quien habla de la infancia como un tiempo perdido o como una edad que sólo la vivencian otros; para él esa etapa ha quedado atrás en el camino de la vida. Como ese adulto, también el burgués se encuentra convencido de lo mismo, que el pasado ha quedado atrás y ha sido separado de la actualidad.

En el modo benjaminiano de definir la infancia, podemos encontrar su particular noción de tiempo, temporalidad que vuelve su rostro a lo acontecido, sin poder proyectar su visión al porvenir. A diferencia de la tradición ilustrada, que ubica la importancia de la historia en el futuro, Benjamin plantea que es el pasado la huella que nos revela el presente. Bajo la influencia de la cábala judía y el materialismo histórico, emprende una crítica a la modernidad desde el rechazo de esta época por lo mítico y lo religioso; al ocultar los fundamentos teológicos de las ideologías, considera que lo moderno es el motor de la *falsa conciencia*.

Según él estamos siempre amenazados por la barbarie, la catástrofe nos circunda, nos rodea permanentemente, porque el pasado relampaguea en un presente sin memoria. Ese relámpago anuncia una tempestad.

En este presente estamos siempre frente a la amenaza de la desaparición del último testigo, del último narrador, de aquel que puede decirnos lo que la historia oficial ha olvidado. Los que hoy hacen historia, son para él, los herederos de los que han vencido; hay un destino fatal en esa historia instrumentada desde el poder, desde la dominación.

«... los que dominan a la sazón son los herederos de todos los que han vencido. Por eso, la empatía con el vencedor favorece en cada caso al dominador del momento... Quien quiera haya obtenido la victoria hasta el día de hoy, marcha en el cortejo triunfal que lleva a los dominadores de hoy sobre los vencidos que hoy yacen en el suelo. El botín, como siempre ha sido usual, es arrastrado por el cortejo. Se lo designa como el patrimonio cultural».³

Las víctimas siguen estando en los campos de exterminio nazis, siempre permanecerán a punto de morir, porque no están a salvo. La dominación inventa una historia para el olvido, selecciona lo datos que hacen del recuerdo algo insignificante; la historia es un documento más de la barbarie, toda la cultura lo es sin un recuerdo que redima y dignifique a las víctimas de los genocidios, los asesinatos, las dominaciones.

3. Walter Benjamin. *La dialéctica en suspenso*. Santiago de Chile: Editorial Arcis Lom, 1995, pág. 52.

Si pensamos que la historia es la señal del progreso estamos dando cabida al fascismo y al nazismo. No se trata de denunciar el mal sino de sospechar insistentemente sobre el bien, de lo que se presenta como lo bueno, como la *superación* de lo anterior.

¿Qué papel jugó el materialismo histórico en este proceso?, es quien se propuso *pasar el cepillo a contrapelo*, contradecir a ese patrimonio cultural que sigue la misma dirección de la linealidad histórica.

«No existe un documento de la cultura que no lo sea a la vez de la barbarie. Y como en sí mismo no está libre de barbarie, tampoco lo está el proceso de transmisión por el cual es traspasado de unos a otros. Por eso, el materialista histórico se aleja de ello cuanto sea posible. Considera como su tarea pasarle a la historia el cepillo a contrapelo».⁴

Sin embargo algo está faltando, define al marxismo como una *religión fallida* porque no reconoce la religión que lo sostiene; la teoría marxista no escapa al conformismo socialdemócrata en manos de los partidos de izquierda, porque anida en sus categorías de análisis la convicción sobre el progreso. Hay que hacer una crítica radical a esa representación de la historia que define al pasado como un tiempo homogéneo; la historia es para Benjamin un *tiempo-ahora*. En el presente como *tiempo-ahora* se filtra, amenaza – insistente – el pasado.

La clave del presente está en las generaciones pasadas que han sido derrotadas; es el pasado el que nos reclama el futuro, porque los sufrientes están sufriendo todavía, porque los derrotados continúan siendo derrotados. No se trata de citar el pasado de los monumentos, de los museos, los rituales, las antigüedades; se trata del pasado citado por las religiones, el que posibilita que la historia se transforme en una instancia de *redención*.

Nada ha sido redimido, por eso seguimos hablando de la historia; la tarea no es precisamente la de *historizar*, la de crear secuencias y cronologías, etapas y períodos que se suceden unos a otros como estadios que superan a su predecesor. La tarea fundamental es la de lograr, consumir la justicia; mientras ésta no acontezca no habrá presente, sólo hay pasado. Es decir, *el pasado es presente*, las víctimas están aún vivas, dolientes.

Desde esta concepción acerca de la historia, de la dominación, de la sucesión de derrotas, Benjamin piensa en una doble clave la edad de la infancia: ¿cómo debemos enseñar la moral?, ¿desde qué experiencia pedagógica?, ¿con cuál posición religiosa?, ¿qué libros?, ¿qué juguetes deben acompañar esta educación para un presente pleno que haya logrado la justicia con el pasado?

4. *Ibíd.*, pág. 53.

No debemos enseñar a los niños proletarios con el programa de la burguesía, ésta es su propuesta más firme. La enseñanza que se imparte a los niños pobres, a los hijos de los obreros, es un capítulo de esa historia oficial, de ese patrimonio cultural del vencedor. Se suman alienación más alienación, en los juegos infantiles, en los libros de cuentos, en la cultura; en todos ellos está el sello de la clase dominante. Debemos crear, entonces, una nueva pedagogía, una enseñanza comunista que conceda una conciencia de clase al proletariado.

«La educación proletaria de los niños pequeños tiene que distinguirse de la burguesa ante todo por el sistema. Y en este caso, sistema quiere decir marco. Sería un estado insoportable para el proletariado si, como sucede en los jardines de infantes de la burguesía, cada seis meses entrara en su pedagogía un método nuevo con los últimos refinamientos psicológicos. En todos los terrenos – y la pedagogía no es una excepción – el interés por el “método” es una actitud típicamente burguesa, es la ideología de “seguir mal que bien como hasta ahora” y de la pereza. De modo, pues, que la educación proletaria necesita, antes que nada y sin falta, un marco, un ámbito objetivo dentro del cual educar. No necesita, como la burguesía, una idea para la cual educar».⁵

Ese marco, ese escenario del teatro pedagógico, es una apuesta más por vencer al vencedor, por construir desde la propia condición de clase proletaria una actuación sobre la propia vida, como auténtica forma de *experimentar* el mundo. La *experiencia* y el *experimento* son una misma cosa en cuanto se trata de tomar conciencia de la propia condición.

De todo lo expuesto hasta aquí, queda por agregar la idea que Benjamin tiene sobre el arte. Porque también la educación es un arte que se ha visto afectado por este tipo de dominación que ejerce la burguesía y el capitalismo en nuestros días. El libro y el juguete no escapan a esta lógica colonial-capitalista; ni la literatura, ni la pintura, ni la música. Aún en los inventos que se suman a la idea de progreso (que es propia de la historia dominante), como la imprenta, el cine y la fotografía, lo que pueda expresarse en los términos del arte, ha quedado reducido a simple mercancía.

El concepto fetichista del arte llega tanto a la tarea propia del artista como al intento de creación que puedan alcanzar los demás sujetos. El arte es el lugar privilegiado de la creación que transforma al mundo y ese intento se opaca y desaparece en la tecnificación del mundo capitalista.

«Las circunstancias en que se ponga el producto de la reproducción de una obra de arte, quizás dejen intacta la consistencia de

5. Walter Benjamin. «Programa de un teatro infantil proletario (1928)», en este volumen véase pág. 69.

ésta, pero en cualquier caso desprecian su aquí y ahora. Aunque en modo alguno valga esto, sólo para una obra artística, sino que paralelamente vale también, por ejemplo, para un paisaje que en el cine transcurre ante el espectador. Sin embargo, el proceso aqueja en el objeto de arte una médula sensibilísima que ningún objeto natural posee en grado tan vulnerable. Se trata de su autenticidad. La autenticidad de una cosa es la cifra de todo lo que desde el origen puede transmitirse en ella desde su duración material hasta su testificación histórica. Como esta última se funda en la primera, que a su vez se le escapa al hombre en la reproducción, por eso se tambalea en ésta la testificación histórica de la cosa. Claro que sólo ella; pero lo que se tambalea de tal suerte es su propia autoridad».⁶

En su *Pequeña historia de la fotografía*, anticipa su análisis sobre la reproductibilidad técnica; la pérdida de la autenticidad de la obra de arte, la copia vetusta del original; como forma de alienación que también acontece en el sujeto, alienado, enajenado en el fetichismo de la mercancía. La pérdida de autenticidad conlleva una pérdida de autoridad; falsa conciencia, sin conciencia de clase: una y otra expresiones del mismo procedimiento. Como él mismo se pregunta al final del ensayo. *¿Pero es que no es menos analfabeto un fotógrafo que no sabe leer sus propias imágenes?*

En este recorrido por escritos benjaminianos que van desde 1913 a 1932, nos queda el asombro de encontrar en ellos una teoría anticipada del colonialismo pedagógico y de la pedagogía del oprimido, sumado a la tremenda actualidad que hoy guarda su propuesta.

«Los traperos aparecieron en mayor número en las ciudades desde que los nuevos procedimientos industriales dieron a los desperdicios un cierto valor. Trabajaban para intermediarios y representaban una especie de industria casera que estaba en la calle. El trapero fascinó en su época. Las miradas de los primeros investigadores del pauperismo están pendientes de él como embrujadas por una pregunta muda: ¿cuándo se alcanza el límite de la miseria humana?».⁷

Con nuevas palabras, con otras imágenes, con sofisticadas formas de dominación y alienación, aún podemos ver en los relatos sobre los *traperos*, la

6. Walter Benjamin. «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica». En: *Discursos Ininterrumpidos I*. Madrid: Editorial Taurus, 1973, pág. 45.

7. Walter Benjamin. «La Bohemia». En: *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. Madrid: Editorial Taurus, 1999, págs. 31-32.

marcha silenciosa, nocturna de los *cartoneros*. Ver también, en las sucesivas transformaciones educativas, el mismo mensaje de la clase dominante, en donde el Banco Mundial perfila las leyes de educación y sienta sus bases, que permanecen en los intentos por superarlas.

Si esas políticas educativas hubiesen sido realmente superadas, hoy no estarían sentados en pupitres rotos los niños pobres, ni existirían las villas miserias, ni quedarían tantos hombres y mujeres a la vera del camino juntando los desperdicios que dejan los centros comerciales del siglo XXI.

Angelina Uzín Olleros